

Amadísimos hermanos

El domingo pasado leyendo el Evangelio de la misa hicimos algunas consideraciones generales acerca de la educación. Dijimos que el mejor servicio que se puede hacer a una persona es educarle bien: es más, el mejor servicio que podemos prestar a la humanidad y a la sociedad es contribuir a que cada ser humano sea más justo, más recto, más bondadoso, más leal, más comprensivo... pues si es obra meritoria hacer de cualquier rincón de la tierra más productivo y más bello, aventaja en mucho hacer un corazón humano más rico en sentimientos y más elevado y noble en sus aspiraciones y anhelos. Lo que el individuo abandonado a sí mismo no podría cumplir aunque viviera siglos, la educación lo hace por él en algunos años. Y terminábamos la plática advirtiendo que la educación no es una siembra a voleo... que puede hacerlo un padre o una madre dejando caer de cuando en cuando unos consejos en el alma del niño... o algo que pueda encomendarse a un maestro o sacerdote cuando su obra no va a encontrar ratificación en la conducta de los padres... en una palabra no es algo que pueda hacerse sin que previamente como el buen sembrador los padres y los educadores todos se dediquen a extirpar y eliminar las propias pasiones y defectos para que las incipientes virtudes de niño no se vean ahogados luego por el influjo externo del mal ejemplo de sus mismos educadores.

No es, pues, amadísimos fieles, una siembra a voleo, sino una siembra que requiere ciertas condiciones.

~~xxxxxxx~~ primer lugar volveremos advertir que la primera condición que necesitamos que los padres, a quienes incumbe la educación por un deber ineludible, deben intervenir por sí mismos.

Si educación no fuera más que la implantación de unos cuantos hábitos externos de cortesía y buenas formas eso desde luego cabría adquirir en un grado conveniente como para desenvolverse holgadamente en el mundo y en la sociedad sin mayor esfuerzo de los educadores y de los educandos. Pero la educación es algo más profundo, algo más hondo, es el levantamiento total del hombre, el levantamiento de todo el hombre. Si el hombre es lo que come, su educación un problema de alimentación; mas si estamos convencidos de que el hombre es lo que conoce y ama, lo que desea y persigue, entonces su educación es un problema de alimentación del alma... o sea una operación delicada, interna, constante, el moldear de su alma para lo cual hace falta y se necesita todo ese fondo de paciencia, desinterés, celo, perspicacia que Dios ha depositado en el corazón de los padres.

Por eso la función educadora, la misión de educar es un deber que incumbe a los padres, un deber que tienen los padres que le han dado el ser, un deber ineludible mientras una fuerza mayor no se oponga a su realización.

Se cuenta que un día se presentó al Rey Luis XVI de Francia su primer ministro Malashherbes a presentar la dimisión de su cargo. "Sois feliz, le dijo el monarca, sois feliz malashherbes porque podéis hacer cuando os place la dimisión de vuestro cargo: yo nunca puedo hacerlo." El infeliz moca-ca al poco tiempo moría en un cadalso. Los padres, amadísimos fieles, no pueden tampoco dimitir su cargo. No pueden renunciar a su vida y condición de padres y por tanto a su misión educadora; la naturaleza no se abdicar sin cesar de realizar el que lo hace. En efecto según nos enseña la historia y la experiencia de la vida el abandono de este deber de parte de los padres siempre trae fatales consecuencias no pocas veces hasta para los propios padres y siempre para la sociedad y para los individuos... Las estadísticas de criminales y de todos los anormales nos dan como resultado constante y en todas partes del mundo que la mayoría absoluta de ellos son gente que ha carecido de la educación.

Primera condición por tanto es que lo hagan los padres, que como hemos

dicho no pueden admitir este cargo aun cuando su cumplimiento no pocas veces les suponga muchas molestias y mucha preocupación. En este caso lo que les lleva al cadalso suele ser el abandono del mismo.

Demos un paso más y veamos qué principio debe inspirar la obra educadora de los padres, que digamos de paso, debe ser también común a ambos, habiendo un padre o acordero y no despreciando el uno lo que hace el otro, ni dejando al padre a la exclusiva de la madre cuando para que pueda ser eficaz hace falta que los dos intervengan... Hemos de recordar que es obra muy propia, muy digna y muy noble para que el hombre sienta menoscabo de su personalidad...

El profeta Isaías describe maravillosamente la labor de un carpintero que va a la selva, corta un cedro o un pino y al llegar a su taller se dice: "Que voy a hacer de este tronco? Haré cortarlo y haré astillas para el fuego y se calienta con ellas; corta más y enciende el horno de pan cocer y cocer el pan. Le resta aun una porción del tronco: qué haré de ella dice. Y se responde a sí mismo: Ya sé que haré, haré con él una imagen y esta imagen será un Dios y me mostraré ante él y lo adoraré. Y sigue el profeta: No supieron ni entendieron estos hombres; porque cubiertos están sus ojos para que no vean ni entiendan en su corazón.

Tampoco los padres entienden lo que debieron hacer de sus hijos (G. 2450)